

**Domingo II de Pascua
(o de la Divina Misericordia)
Ciclo B**



7 de abril de 2024

Hech 4, 32-35

Sal 117

1Jn 5, 1-6

Jn 20,19-31

P. Eduardo Suanzes, msps

El último intercambio de palabras que Tomás tuvo con Jesús, antes del episodio que el evangelio de hoy nos relata, fue en la última cena. Allí Jesús estaba diciendo aquello de:

*«No se asusten. **Crean en Dios y crean en mí.** En la casa de mi Padre hay muchas estancias. Si me voy a prepararles un lugar, es que volveré y los llevaré junto a mí, para que, donde yo estoy, estén también ustedes. Para ir donde voy, ustedes saben el camino.*

Y entonces saltó Tomás:

—Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino?

Jesús contestó:

*—Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocen a mí, también conocerán al padre. **Desde ya** ustedes lo conocen y lo han visto»¹*

En el evangelio de hoy², Tomás no se hallaba presente cuando los discípulos tuvieron su primer encuentro con Cristo resucitado. Aquí tenemos a un apóstol que había pasado tres años en compañía íntima con Jesús, recibiendo entrenamiento espiritual en forma intensiva, escuchando sus enseñanzas a diario, y siendo testigo de muchos signos. Sin embargo, es obvio por este suceso que todavía estaba fuertemente influenciado por sus propias expectativas de felicidad, centrado en sí mismo, como tantas veces nosotros. Como Jesús visitó a los apóstoles en un momento en que Tomás estaba ausente, la reacción de Tomás fue: «—¿Y cómo es esto **que a mí** me ha dejado afuera? ¿Qué tengo yo de malo? ¿Qué tienen de especial estos otros tipos? ¿Cómo se puede consentir esto?»

Cuanto más reflexionaba Tomás en lo sucedido, más aumentaba su indignación. Los otros apóstoles continuaban diciéndole, «—*¡Hemos visto al Señor!*». En lo profundo de su ser, su respuesta era más de resentimiento que de alegría. Se sentía abandonado, rechazado, frustrado, y, por último, enfurecido.

¿Qué pensaba Tomás? Pues podía pensar perfectamente esto: «— Si Jesús no piensa tenerme en cuenta **a mí**, yo tampoco lo tendré en cuenta a Él. Si Él no **me** quiere, yo tampoco lo quiero». Era la reacción infantil ante el (supuesto) abandono. En otras palabras, él se ponía a un precio fuera de alcance. ¿Habrán existido jamás condiciones más atrevidas que las que ponía un infeliz hombrecillo (un piltrafilla, como se dice en Sevilla) ante el Todopoderoso a cambio de su fe? Fíjense en lo que dice:

¹ 14, 1-8

² Cfr. THOMAS KEATING. *El misterio de Cristo. La Liturgia como una experiencia espiritual*. Ed. Desclée de Brouwer. Bilbao 2007

«—¡A menos que yo vea la marca de los clavos en sus manos, y que yo ponga el dedo donde estuvieron los clavos, y yo ponga la mano sobre el costado, no voy a creer!».

Esto era igual a decirles: «—¡Adiós! Todo ha terminado entre ustedes y yo». Esa es nuestra reacción de “piltrafillas” cuando **nuestro yo** (el falso) se siente ninguneado. Pero el verdadero no espera: está a la puerta llamando.

No sabemos cuánto tiempo estuvo Tomás alimentando su amargura, sus sentimientos heridos y su sensación de rechazo. No le ayudaba para nada ver a los demás apóstoles llenos de alegría. De algún modo lo convencieron de que los acompañara a cenar la semana siguiente. No sabemos por qué Tomás condescendió a unirse a ellos, pero leemos:

«Ocho días después, los discípulos estaban de nuevo reunidos dentro, y Tomás con ellos. Se presentó Jesús a pesar de estar las puertas cerradas, y se puso de pie en medio de ellos. Les dijo: —La paz sea con ustedes».

Seguramente, los ojos de Jesús recorrieron el recinto hasta posarse en Tomás. Tomás, entre tanto, hubiera querido que se lo tragara la tierra: «— Glup... ¡Dios mío! ¿Qué he dicho?». El atrevimiento de las condiciones que había puesto a cambio de su fe lo impactó con toda claridad. Ahora es cuando de veras se sintió un piltrafilla. Jesús lo miró de frente, seguramente sonriendo. El piltrafilla presintió lo que iba a suceder: lo sabía perfectamente. Jesús le dijo:

«— Tomás, dame tu dedo y ponlo aquí en mis manos. ¡Y ahora dame tu mano y ponla aquí en el costado!».

Nótense los detalles al Jesús referirse a la inaudita exigencia de Tomás: punto por punto, palabra por palabra.

«— Y no seas incrédulo, sino ¡cree!».

«—¡Justamente lo me dijo aquel día en la última cena: ¡Cree en mí!!», pensaría Tomás. Esto último le traspasó el corazón. Reconoció la bondad infinita de Jesús **al someterse a sus exigencias** de piltrafilla. Su amoroso consentimiento a cada detalle de sus ridículas exigencias puso a Tomás en estado de completa vulnerabilidad: le abrió el corazón en canal. ¿Qué podía responder? Su respuesta fue su entrega total:

«—¡Señor mío, y Dios mío!»

No sabemos si Tomás realmente puso la mano en el costado de Jesús. Lo que sí sabemos es que recibió toda la evidencia que necesitaba. Puso su fe en Jesús resucitado, quizá más que los demás discípulos. **Un efecto maravilloso de la misericordia divina es que cuanto mayor sea tu caída, tanto mayor será tu elevación, siempre y cuando aceptes la humillación.** Una de las enseñanzas de Pablo es que «—Cuando estoy más débil es cuando estoy más fuerte»³. Jesús agregó un comentario final:

«—¡Felices lo que creen sin haber visto!»

³ 2Cor 12,10

Es como si dijera: «—Tomás, me alegro que hayas encontrado la fe. Pero el excluirte de mi primera visita no fue un rechazo sino una invitación a una gracia mayor. Fue una invitación a que tu fe en mí estuviese fundamentada en tu experiencia personal».

La resurrección de Jesús es algo más que un simple evento histórico. Así lo sugieren las palabras que Jesús le dirige a Tomás. Podrían parafrasearse así: «—Tu basaste tu fe en verme, Tomás; pero existe una felicidad más grande: la de creer en mi resurrección porque experimentas sus efectos dentro de ti». Es decir, que la experiencia en la resurrección (una vez más) no está circunscrita al espacio ni al tiempo; por tanto no es un hecho histórico (concentrado y encerrado en las coordenadas de la historia): es un hecho metahistórico que trasciende el espacio y el tiempo, y así todos los seres humanos de la historia pueden encontrarse con el Resucitado.

Esto, por supuesto, es un mensaje importante para nosotros. Nos dice que de lo que se trata es de relacionarse con Jesús resucitado desde la fe, que no depende de apariciones, sensaciones, evidencia externa, o en el qué dirán, sino de nuestra experiencia personal; del **sumergimiento** en Su Vida, y el **re-surgimiento** y manifestación de esa Vida en nosotros. **Quien se sumerge es el falso-yo, quien re-surge es el verdadero-yo.** Esta es la fe viva que nos da el poder de podernos manifestar bajo la influencia del Espíritu Santo; ese mismo Espíritu que Jesús impartió en un soplo a los apóstoles en el atardecer de su resurrección.

Ahora Tomás ha encontrado el camino, aquel del que le hablaba Jesús en la última cena. Ahora no se le ocurrirá decir jamás aquello de —*Señor, no sabemos a dónde vas. ¿Cómo vamos a conocer el camino?* No solo ha encontrado el camino, al mismo Jesús, sino que, además, se ha hecho uno con el mismo Camino. Y no solo eso, todavía hay más: no ha llegado a la meta a donde le lleva el Camino, y, sin embargo, ya está en ella, porque en Jesús, por Él y con Él se está en el Padre, se vive en el seno misericordioso de la Santísima Trinidad. Ahora experimenta, efectivamente, lo que le dijo Jesús: «*Nadie viene al Padre sino por mí. Si me conocen a mí, también conocerán al padre. Desde ya ustedes lo conocen y lo han visto*». Desde ya...